

## Croata dedos de oro

Mario Córdova



Cuando ya estaba echándose mucho de menos el tradicional y exitoso ciclo “Grandes Pianistas” del Teatro Municipal de Santiago, ausente una vez más por este año, la Fundación Cultural de Providencia ha contraatacado con una temporada de esas características en el Teatro Oriente. Bravo.

Coincidiendo con la fecha del Día Nacional de Croacia, la serie comenzó con un recital a cargo de Goran Filipec, pianista de ese país. Bajo el título de “Ciclo Pianistas-La Nueva Generación”, se seguirá con los chilenos Danor Quinteros, Gustavo Miranda y Mahani Teave.

Filipec (41) ofreció un programa algo extenso, dedicado solo a dos compositores: Frederic Chopin y Franz Liszt. Hubo, claro está, un breve saludo previo a la bandera con una pieza del croata sigloveintero Ivo Maèek.

De Chopin se escuchó la integral de sus cuatro Baladas, sin seguir el orden numérico, y con la Fantasía en fa menor insertada en medio. Raro orden.

De Liszt el programa incluyó una Balada, una Polonesa y una Rapsodia Húngara, todas con el N° 2 asociado.

A poco de haber comenzado las interpretaciones de Filipec la audiencia pudo percatarse de la presencia de un pianista de los mejores, en cuyo accionar no hay ni gestos, ni movimientos corporales efectistas, ni vanos ademanes. Solo está su cuerpo erguido y brazos un tanto rígidos, que vierten en manos y dedos una energía desbordante de expresividad, esa que de partida no se espera recibir de un artista que exuda sobriedad y cuyos saludos entre pieza y pieza parecen resultarle una eludible obligación.

Anótese entonces que ni en



FUNDACIÓN CULTURAL PROVIDENCIA

Chopin ni en Liszt el pianista visitante dio protagonismo visual a grandes emociones ni a notorios asomos de efusión corporal romántica. Filipec evidenció estar

solo concentrado para entregar versiones calificables de soberbias y acaso muy personales, de donde fluyó siempre una pirotecnica natural. Su vertiginosa y a

Filipec: sobrio virtuosismo.

la vez clara digitación, sobre todo en el servicio de las piezas de Liszt, fue algo casi sobrenatural, muy pocas veces visto.

Y tenía que llegar al final la tan célebre Rapsodia Húngara N° 2 de Liszt para que el solista dejara aún más firmemente estampado ese poder de rapidez de sus dedos, que transitaron

una y otra vez por el amplio teclado pianístico.

Bien por esta nueva temporada, que en adelante queda en manos chilenas.